

Título del original en inglés: "Urbanism as a way of life", publicado en el **American Journal of Sociology**, Vol. 44, July 1938, Chicago, The University of Chicago Press.

Traducción de Víctor Sigal

Derechos reservados

Indice

I. La ciudad y la civilización contemporánea	
II. Una definición sociológica de la ciudad	11
III. Una teoría del urbanismo	19
Tamaño de la población	22
Densidad	27
Heterogeneidad	29
IV. Relación entre una teoría del urbanismo y la investigación sociológica	33
El urbanismo en una perspectiva ecológica	34
El urbanismo como forma de organización social	36
Personalidad urbana y conducta colectiva	39

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina, 1962. Imprenta Artes Gráficas Bodoni, S. A. I. C.

Ediciones 3, Corrientes 939, 6°. 9 Buenos Aires

I. La ciudad y la civilización contemporánea

Así como el comienzo de la civilización occidental se caracterizó por la instalación permanente de pueblos nómades en la cuenca del Mediterráneo, el comienzo de lo que es distintivamente moderno en nuestra civilización se caracteriza por el crecimiento de las grandes ciudades. En ninguna parte ha estado la humanidad más alejada de su naturaleza orgánica que bajo las condiciones de vida propias de las grandes ciudades. El mundo contemporáneo ya no presenta el cuadro de pequeños grupos aislados de seres humanos dispersos sobre un vasto territorio, tal como Sumner describió a la sociedad primitiva¹. El rasgo que distingue al modo de vida del hombre de la edad moderna es su concentración en agregados gigantescos que irradian las ideas y prácticas que llamamos civilización, y alrededor de los cuales se aglomeran centros menores. El grado en que el mundo contemporáneo puede ser llamado **urbano** no es entera o correctamente medido por la proporción de hombres que, sobre la población total, vive en las ciudades. Las influencias que la ciudad ejerce sobre la vida social del hombre son mayores de lo que indicaría

¹ William Graham Sumner, **Follcways** (Boston, 1906), p. 12 (Hay traducción castellana: **los pueblos y sus costumbres**, Ed. Kraft, Buenos Aires, N. del T.)

la magnitud de la población urbana, pues la ciudad no es sólo la morada y el taller del hombre moderno, sino también el centro de iniciación y control de la vida económica, política y cultural que ha atraído a su órbita las más remotas partes del mundo y entrelazado en un cosmos diversas áreas, pueblos y actividades.

El crecimiento de las ciudades y la urbanización del mundo es uno de los hechos más impresionantes de los tiempos modernos. Aunque es imposible establecer en forma precisa qué proporción de la población total mundial, estimada en 1.800.000.000 de habitantes, es urbana, el 69,22 % de la población total de aquellos países que sostienen la distinción entre áreas urbanas y rurales, lo es.²

Más aún, considerando el hecho de que la población del mundo está muy desigualmente distribuida y que en algunos de los países sólo recientemente tocados por el industrialismo, el crecimiento de las ciudades no ha sido muy intenso, este promedio subestima la extensión alcanzada por la concentración urbana en aquellos países donde el impacto de la revolución industrial ha sido más violento y de fecha menos reciente.

Esta transformación de una sociedad rural en una predominantemente urbana, acaecida en áreas industrializadas tales como los Estados Unidos y el Japón en el lapso de una simple generación, fue virtualmente acompañada por cambios que han afectado profundamente todos los aspectos de la vida social.

Son estos cambios y sus ramificaciones los que llaman la atención del sociólogo al estudio de las diferencias entre los modos de vida rural y urbano. El mantenimiento de este interés es un requisito indispensable para la comprensión y posible dominio de algunos de los más cruciales problemas contemporáneos de la vida social, pues promete suministrar una de las perspectivas

² S. V. Pearson, *The Growth and Distribution of Popularían*, (New York, 1935), pág. 211.

más reveladoras para la intelección de los cambios que están ocurriendo en la naturaleza humana y en el orden social³.

Dado que la ciudad es producto del crecimiento antes que de una creación instantánea, puede suponerse que las influencias que ejerce sobre los modos de vida no logran extirpar por completo los modos previamente dominantes de asociación humana. Por lo tanto, y en un grado mayor o menor, nuestra vida social muestra huellas de una temprana sociedad folk⁴, de la que son modos característicos de instalación las granjas, la hacienda ("manor") y la villa. Tal influencia histórica está reforzada por la circunstancia de que la población de la ciudad misma es en gran medida reclutada en el campo, donde persiste un modo de vida que recuerda aquella forma primera. De aquí que no nos sea dado esperar el hallazgo de variaciones abruptas y discontinuas entre los tipos urbano y rural de personalidad. La ciudad y el campo deben ser vistos como dos polos y todos los establecimientos humanos tienden a acomodarse con relación a uno u otro de ellos.

³ Considerando que la vida rural en los Estados Unidos ha sido durante largo tiempo asunto de considerable interés para las oficinas gubernamentales, el informe sometido al presidente Teodoro Roosevelt en '1909 por la Comisión de Vida Rural (Country Life Commission), constituye el caso más notable de exposición comprensiva y es digno de señalar que ninguna investigación oficial sobre la vida urbana pudo compararse hasta el establecimiento de un Comité de Investigación sobre Urbanismo (Research Committee on Urbanism) del National Resources Committee. (Cf. "Our Cities: Their Role in the National Economy", Washington: Government Printing Office, 1937.)

⁴ Sociedad Folk: tipo ideal de sociedad opuesto al **tipo** ideal urbano industrial y en el que se dan como características fundamentales, entre otras, el tamaño reducido, el aislamiento con respecto a otras sociedades, el prealfabetismo, la homogeneidad en cuanto a que sus integrantes comparten la misma tradición y valores; en ella la división del trabajo es mínima, la interrelación es típicamente personal, la economía es de status y no de mercado, lo sagrado prevalece sobre lo secular. Ver: Robert Redfield, **The Primitive World and its Transformations**, Ithaca, N. Y. Cornell University Press, 1953, y Horace Miner, **The folk-urban continuum**, American Sociological Review, Vol. 7, Octubre 1952 (N. del T.).

Tomando la sociedad urbano-industrial y la sociedad folk-rural como tipos ideales de comunidades, podemos obtener una perspectiva para el análisis de los modelos básicos de asociación humana, tal como aparecen en la civilización contemporánea.

II. Una definición sociológica de la ciudad.

A pesar de la significación preponderante que la ciudad tiene en nuestra civilización, el conocimiento de la naturaleza del urbanismo y del proceso de urbanización es pobre. Ciertamente, se han hecho muchos intentos para aislar las características distintivas de la vida urbana. Geógrafos, historiadores, economistas y estudiosos de ciencias políticas han incorporado los puntos de vista de sus respectivas disciplinas en diversas definiciones de la ciudad. Aunque de manera alguna se intente reemplazar a éstas, la formulación de un enfoque sociológico de la ciudad puede servir incidentalmente para llamar la atención hacia sus interrelaciones acentuando las características peculiares de la ciudad como forma particular de asociación humana.

Una definición de la ciudad sociológicamente significativa busca seleccionar aquellos elementos del urbanismo que lo caracterizan como un modo distintivo de la vida humana de grupo.

Caracterizar como urbana una comunidad sólo sobre la base de su tamaño es obviamente arbitrario. Es difícil defender semejante definición censal, que designa como urbana a una comunidad de 2.500 habitantes o más, y a todas las menores como rurales. La situación sería la misma si el criterio fuese 4.000, 8.000, 10.000, 25.000 ó 100.000 habitantes pues aunque en el último caso po-

damos sentir que estamos más cerca de un agregado urbano que tratándose de comunidades de menor tamaño, ninguna definición del urbanismo puede pretender ser completamente satisfactoria en tanto las cifras sean consideradas como criterio único. Además, no es difícil demostrar que comunidades que poseen un número menor de habitantes del que indica aquel límite arbitrario, pero que están situadas en la esfera de influencia de los centros metropolitanos, tienen mayor derecho a ser reconocidos como urbanas que otras de mayor extensión pero que llevan una existencia más aislada, en un área predominantemente rural. Finalmente, debe reconocerse que las definiciones censales están indebidamente influidas por el hecho de que la ciudad, donde los límites legales juegan un papel decisivo delineando el área urbana es siempre, estadísticamente hablando, un concepto administrativo. En ninguna parte es esto más claramente manifiesto que en las concentraciones de población de las periferias de los grandes centros metropolitanos que atraviesan los arbitrarios límites administrativos de ciudad, jurisdicción, estado y nación. En tanto identifiquemos urbanismo con la entidad física de la ciudad, viéndola sólo como rígidamente delimitada en el espacio, y procedamos como si los atributos urbanos cesaran abruptamente de manifestarse más allá de una línea limítrofe arbitraria, no estaremos en condiciones de elaborar ninguna adecuada concepción del urbanismo como modo de vida. El desarrollo tecnológico de los transportes y la comunicación, que marcó virtualmente una nueva época en la historia humana, ha acentuado el papel de las ciudades como elementos dominantes de nuestra civilización y extendido enormemente el modo urbano de vida más allá de los confines de la ciudad misma. El dominio de la ciudad, especialmente de la gran ciudad, puede ser visto como una consecuencia de la concentración operada en ella de servicios y actividades industriales, comerciales, financieros y administrativos; de líneas de transporte y comunicación; de equipos culturales y recreativos tales como la prensa, estaciones de radio,

teatros, bibliotecas, museos, salas de conciertos, teatros líricos, hospitales, instituciones de educación superior, centros de investigaciones, publicidad, organizaciones profesionales e instituciones religiosas y de beneficencia. Si no fuera por la atracción y sugerencias que la ciudad ejerce sobre la población rural a través de estos instrumentos, las diferencias entre los modos de vida rural y urbano serían mayores aún de lo que son. Urbanización no denota ya meramente el proceso por el cual las personas son atraídas a un lugar llamado ciudad e incorporadas a su sistema de vida. Refiere también esa acentuación acumulativa de las características distintivas del modo de vida que está asociado al crecimiento de las ciudades, y finalmente, los cambios en la dirección de los modos de vida reconocidos como urbanos y manifiestos en la gente que, dondequiera se halle, ha sufrido el hechicero influjo que la ciudad ejerce en virtud del poder de sus instituciones y personalidades a través de los medios de comunicación y transporte.

Los defectos imputables al enfoque de quienes consideran el número de habitantes de una concentración criterio suficiente para determinar su carácter rural o urbano, son igualmente imputables en buena parte al planteo de quienes erigen la densidad de población en criterio único.

Sea que, como criterio para la determinación del carácter urbano de una concentración aceptemos el de una densidad mínima de 10.000 personas por milla cuadrada, propuesto por Jefferson ⁵, o el de 1.000, sustentado por Wilcox ⁶, está claro que a menos que la densidad esté correlacionada con características sociales significativas, sólo puede suministrar una base arbitraria de diferenciación entre comunidades rurales y urbanas. Dado que nuestros censos de área computan la población nocturna más bien que la diurna,

⁵ Mark Jefferson, *The Anthropogeography of Some Great Cities*, Bull. American Geographical Society, XLI (1909), pp. 537-66.

⁶ Walter F. Wilcox, *A Definition of "City" in Terms of Density*, en E. W. Burgess, *The Urban Community* (Chicago, 1926), pág. 119.

la región de vida humana más intensa —el centro de la ciudad— tiene generalmente una baja densidad de población, y las áreas industriales y comerciales de la ciudad, que contienen las actividades económicas más características, subyacentes a la sociedad urbana, en realidad serían escasamente urbanas si la densidad fuera literalmente interpretada como señal de urbanismo. Sin embargo, el hecho de que la comunidad urbana se distingue por un gran agregado y una densidad de población relativamente alta no puede dejar de ser tenido en cuenta en una definición de la ciudad. En todo caso estos criterios deben considerarse relativos al contexto cultural general en el que surgen y existen las ciudades, y sociológicamente relevantes sólo en tanto operan como factores condicionantes de la vida social.

Las mismas críticas se aplican a criterios tales como la ocupación de los habitantes y la existencia de ciertos servicios públicos, instituciones y formas de organización política. La cuestión no es si las ciudades, en nuestra civilización o en otras, exhiben estos rasgos distintivos, sino la de si poseen la potencia para moldear el carácter de la vida social en su forma específicamente urbana. Al intentar formular una definición fecunda tampoco podemos permitirnos pasar por alto las grandes variaciones que se dan entre las ciudades. Mediante una tipología de ciudades basada en el tamaño, la ubicación, la edad y la función de las mismas, como la que intentamos establecer en nuestro reciente informe al National Resources Committee ⁷, hemos podido ordenar y clasificar las comunidades urbanas en una escala que fluctúa desde pueblos pequeños y precarios hasta florecientes centros metropolitanos mundiales; desde aislados centros de comercio situados en medio de regiones agrícolas hasta prósperos puertos cosmopolitas y conurbaciones comerciales e industriales. Diferencias como éstas se hacen cruciales ya que las características e influencias sociales de las diferentes "ciudades" varían ampliamente.

⁷ Op. cit., pág. 8.

Una definición útil del urbanismo no debería limitarse a denotar las características esenciales que todas las ciudades —por lo menos en nuestra cultura— tienen en común, sino que debería prestarse al descubrimiento de sus variaciones. Una ciudad industrial diferirá significativamente, en los aspectos sociales, de una ciudad comercial, minera, pesquera, universitaria o capital. Una ciudad de una sola industria presentará una serie de características sociales diferente de la de una ciudad de muchas industrias, así como lo hará una ciudad industrialmente equilibrada respecto de una desequilibrada, un suburbio respecto de un satélite, un suburbio industrial con relación a un suburbio residencial, una ciudad de una región metropolitana respecto de una que no pertenece a ella, una ciudad vieja con relación a una nueva, una ciudad sureña respecto de una de Nueva Inglaterra, una ciudad del centro o del este con relación a una de la costa del Pacífico, una ciudad en crecimiento respecto de una estable u otra decadente.

Una definición sociológica, como es obvio, debe ser lo suficientemente inclusiva como para comprender toda característica esencial que los diferentes tipos de ciudades tengan en común en tanto entidades sociales; de modo igualmente obvio no puede ser tan detallada como para tomar en cuenta todas las variaciones implícitas en las diversas clases que hemos esquematizado. Presumiblemente, algunas de las características de las ciudades son más significativas que otras en cuanto al condicionamiento de la naturaleza de la vida urbana, y cabe esperar que los rasgos salientes de la escena urbano-social varíen de acuerdo con el tamaño, densidad y diferencias del tipo funcional de ciudades. Además, podemos inferir que la vida rural tendrá la marca del urbanismo en la medida en que experimente la influencia de las ciudades a través del contacto y la comunicación. Puede contribuir a la claridad de las proposiciones que se anuncian a continuación, el repetir que, mientras que el "locus" del urbanismo como modo de vida debe ser encontrado, por supuesto, de modo

característico, en lugares que llenen los requisitos que estableceremos como definitorios de la ciudad, el urbanismo no está confinado a tales localidades, sino que se manifiesta en grado variable dondequiera que penetren las influencias de la ciudad. El urbanismo, ese complejo de rasgos que componen el modo característico de la vida en las ciudades, y la urbanización, que denota el desarrollo y extensión de esos factores, no se encuentran pues exclusivamente en establecimientos que son ciudades en un sentido físico y demográfico. Con todo, deben encontrar su más pronunciada expresión en tales áreas, especialmente en las ciudades metropolitanas. Al formular una definición de la ciudad es necesario tener cierta cautela para no incurrir en la identificación de urbanismo como modo de vida con cualquier influencia cultural específica, local o históricamente condicionada que, aunque pueda afectar significativamente el carácter específico de la comunidad, no sea el determinante esencial de su carácter como ciudad.

Es particularmente importante llamar la atención sobre el peligro de confundir urbanismo con industrialismo y capitalismo moderno. El surgimiento de las ciudades en el mundo moderno no es, sin duda, independiente de la emergencia de la moderna tecnología de las máquinas a fuerza motriz, de la producción en serie y de la empresa capitalista. Pero por diferentes que, respectó de las ciudades de épocas tempranas y de un orden preindustrial y precapitalista, hayan llegado a ser, en virtud de su desarrollo, las grandes ciudades actuales, aquéllas fueron, con todo, ciudades.

Para propósitos sociológicos, una ciudad puede ser definida como un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos *.

Subrayado del traductor.

Sobre la base de los postulados que esta definición mínima sostiene, una teoría del urbanismo puede ser formulada a la luz del conocimiento existente sobre grupos sociales.

I. Una teoría del urbanismo.

En la rica literatura existente acerca de la ciudad buscamos en vano una teoría del urbanismo que ofrezca de un modo sistemático conocimientos asequibles concernientes a la ciudad como una entidad social. Ciertamente, disponemos de excelentes formulaciones teóricas acerca de problemas especiales, tales como el del crecimiento de la ciudad visto como una tendencia histórica y como un proceso recurrente ⁸, una rica literatura exponente de ideas de relevancia sociológica y estudios empíricos que ofrecen información detallada sobre una variedad de aspectos particulares de la vida urbana. Pero a pesar de las múltiples investigaciones y libros de texto sobre la ciudad, aún no contamos con la posibilidad de derivar un conjunto comprensivo de hipótesis a partir de una serie de postulados implícitamente contenidos en una definición sociológica de la ciudad, ni con conocimientos sociológicos generales que puedan ser verificados a través de la investigación empírica. Los enfoques más cercanos a una teoría sistemática del urbanismo, hállanse en un penetrante ensayo,

⁸ Ver Robert E. Park, Ernest W. Burgess, et al., **The City** (Chicago, 1925), especialmente cap. II y III; Werner Sombart, **Städtische Siedlung, Stadt**, "Handwörterbuch der Soziologie", ed. Alfred Vierkandt (Stuttgart, 1931).

"Die Stadt" de Max Weber ⁹, y en un memorable artículo de Robert E. Park sobre "La ciudad: sugerencias para la investigación de la conducta humana en un medio ambiente urbano" ¹⁰. Pero aún estas excelentes contribuciones están lejos de constituir un marco teórico de referencia ordenado y coherente mediante el cual pueda operar provechosamente la investigación. En las páginas que siguen trataremos de exponer un número limitado de características identificatorias de la ciudad. Dadas estas características indicaremos, a la luz de la teoría sociológica general y de la investigación empírica, qué consecuencias u otras características las acompañan. De este modo esperamos arribar a proposiciones esenciales que comprendan una teoría del urbanismo. Algunas de estas proposiciones pueden ser apoyadas por un conjunto considerable de materiales de investigación, fácilmente asequible; otras deben ser aceptadas como hipótesis para las que existe una cierta cantidad de evidencia presuntiva, pero para las que se requiere una verificación más amplia y exacta. Esperamos que, al menos, tal procedimiento muestre qué nivel alcanzado y cuáles son las hipótesis más fructíferas y cruciales para la investigación futura.

El problema central del sociólogo de la ciudad es descubrir las formas de acción y organización sociales que, de modo típico, emergen allí donde se da el establecimiento relativamente permanente y compacto de grandes cantidades de individuos heterogéneos. Debemos también inferir que el urbanismo asumirá formas más características y extremas en la medida en que se den las condiciones con las cuales es congruente. Así, cuanto más grande, más densamente poblada y más heterogénea sea una comunidad, más acentuadas estarán las características asociadas

⁹ *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tübingen, 1925), parte I, Cap. VIII, pp. 514-601. Hay traducción en castellano: **Economía y Sociedad**, Fondo de Cultura Económica, México, 1944; trad. J. Medina Echavarría (N. del T.).

Park, Burgess, et al., op. cit.. Cap. I

con el urbanismo. Debe, empero, reconocerse que en el mundo social las instituciones y prácticas pueden ser aceptadas y continuadas por razones distintas a las que originalmente les dieron existencia, y que acorde con esto el modo urbano de vida puede perpetuarse bajo condiciones bastante distintas de aquéllas que fueron necesarias para originarlo.

Quizá quepa alguna justificación de la elección de los principales términos empleados en nuestra definición de la ciudad. Se ha intentado hacerla tan inclusiva y al mismo tiempo denotativa como fuera posible sin cargarla con supuestos innecesarios. Decir que son necesarias grandes cantidades para constituir una ciudad, significa, por supuesto, grandes cantidades en relación a un área restringida o a un establecimiento de alta densidad. Con todo, hay buenas razones para tratar "las grandes cantidades" y "la densidad" como factores separados desde que cada uno puede estar relacionado con consecuencias de relevancia social, diferentes. Al mismo tiempo, la necesidad de agregar "la heterogeneidad" a "cantidades de población" como un criterio distintivo y necesario de urbanismo puede ser cuestionada, ya que es de esperar que el grado de diferencias varíe con la cantidad.

En defensa de lo expuesto puede decirse que la ciudad muestra una clase y grado de heterogeneidad de población que no puede ser enteramente explicada por la ley de las grandes cantidades o representada adecuadamente por medio de una curva de distribución normal. Dado que la población de la ciudad no se reproduce sólo por sí misma, debe reclutar sus inmigrantes de otras ciudades, del campo, y —en este país hasta hace poco— de otros países. Así, históricamente la ciudad ha sido un crisol de razas, gentes y culturas y la base más favorable para nuevos híbridos biológicos y culturales. No sólo ha tolerado, sino también gratificado, las diferencias individuales. Ha unido a gentes de los confines de la tierra **por ser** diferentes y, así, útiles unos a otros,

antes que por ser homogéneos y de mentalidades similares ¹¹. Hay un número de proposiciones sociológicas referentes a la relación entre (a) cantidad de población, (b) densidad del establecimiento, (c) heterogeneidad de los habitantes y vida de grupo, que pueden ser formuladas sobre la base de la observación y la investigación.

Tamaño de la población.

Ya desde **La Política** de Aristóteles ¹² se reconoce que el aumento del número de habitantes de un establecimiento, más allá de un cierto límite, afecta las relaciones entre ellos y el carácter de la ciudad. Como se ha señalado, las grandes cantidades involucran una esfera mayor de variaciones individuales. Además, cuanto mayor es el número de individuos que participan en un proceso de interacción, mayor es la diferenciación **potencial** entre ellos. Por lo tanto, se puede suponer que los rasgos personales, las ocupaciones, la vida cultural y las ideas de los miembros de una comunidad urbana, variarán entre polos más ampliamente separados que los de los habitantes rurales.

¹¹ Quizá la inclusión del término "permanente" en nuestra definición requiera ser fundada. Si hemos omitido la justificación extensa de esta señal calificadora de lo urbano ha sido pensando en lo obvio del hecho de que a menos que los establecimientos humanos arraiguen de modo bastante permanente en una localidad, no pueden surgir las características de la vida urbana, y recíprocamente, de que la vida en conjunto de grandes cantidades de individuos heterogéneos bajo condiciones de alta densidad de población no es posible sin el desarrollo de una estructura más o menos tecnológica.

¹² Ver esp. VII. 4.4-4. Traducida al inglés por B. Jowett, de donde se extrae la siguiente cita:

"Hay un límite para el tamaño de los estados, así como lo hay para otras cosas, plantas, animales, implementos; porque ninguno de estos retienen su poder natural cuando son demasiado grandes o demasiado pequeños, sino que, o pierden enteramente su naturaleza o se echan a perder... (Un) estado compuesto de demasiado pocos no es, como un estado debe ser, autosuficiente; si en cambio tiene

Fácilmente se puede inferir que tales variaciones dan surgimiento a la segregación espacial de individuos según el color, la herencia étnica, el status económico y social, los gustos y las preferencias. Los lazos de parentesco y vecindad y los sentimientos que surgen de la vida en común, por generaciones, bajo una común tradición folk, pueden estar ausentes o, en el mejor de los casos, ser relativamente débiles en un agregado en el que los miembros tienen orígenes y culturas tan diversos. Bajo tales circunstancias los mecanismos de competencia y control formal suministran los sustitutos para los vínculos de solidaridad en que descansa una sociedad folk.

El aumento en el número de habitantes de una comunidad más allá de unos pocos centenares, necesariamente limita la posibilidad del conocimiento mutuo y personal de cada miembro de la comunidad. Reconociendo la significación social de este hecho, Max Weber señaló que, desde un punto de vista sociológico, un gran número de habitantes y una gran densidad de población significan que el conocimiento personal mutuo entre los habitan-

demasiados, aunque autosuficiente en todos los requisitos esenciales, es una nación y no un estado, siendo casi incapaz de un gobierno constitucional. Porque ¿quién puede ser general de una multitud tan vasta o quién su heraldo, a menos que tenga la voz de un Stentor?

Por lo tanto, un estado sólo comienza a existir cuando ha logrado una población suficiente para una vida buena en la comunidad política; ciertamente puede exceder en algo este número. Pero, como dije, debe haber un límite. Cuál sea el límite será fácilmente determinado por la experiencia. Porque tanto gobernadores como gobernados tienen deberes que ejecutar; las funciones especiales de un gobernador son dirigir y juzgar. Pero si los ciudadanos de un estado deben ser juzgados y distribuidos en los oficios de acuerdo a su mérito, entonces ellos deben conocer el carácter de cada uno; donde no posean este conocimiento, tanto la elección de oficios como la decisión de pleitos legales será errónea. Cuando la población es muy grande, manifiestamente está dispuesta al azar, cosa que, como es obvio, no debería ser así. Además, en un estado sobrepoblado, extranjeros y metecos adquirirán fácilmente los derechos de ciudadanos, porque ¿quién los descubrirá? Es claro entonces, que el mejor límite de población de un estado es el número más grande que baste para los propósitos de vida y pueda ser observado con una simple ojeada. Con esto alcanza respecto al tamaño de la ciudad".

tes, de ordinario inherente a una vecindad, no existe ¹³. El aumento cuantitativo involucra así un cambio en el carácter de las relaciones sociales. Como señala Simmel:

(Si) al incesante contacto externo de cantidad de personas en la ciudad correspondiera de modo proporcional el número de reacciones internas que se dan en un pequeño pueblo, donde cada uno conoce a toda persona que encuentra y con cada una de las cuales tiene una relación positiva, uno estaría atomizado internamente por completo y caería en un estado mental increíble ¹⁴.

La multiplicación de personas en un estado de interacción bajo condiciones que hacen imposible su contacto como personalidades completas produce esa segmentación de las relaciones humanas interpretada a veces por los estudiosos de la vida mental de las ciudades como una explicación del carácter "esquizoide" de la personalidad urbana. Esto no quiere decir que los habitantes urbanos tengan menos conocimiento mutuo que los habitantes rurales, ya que lo inverso precisamente es quizá lo cierto; significa, más bien, que en relación con el número de gente que se ve y con quien uno se codea en el curso de la vida diaria, se conoce una proporción menor y de éstos se tiene un conocimiento menos intenso.

Característicamente, los hombres urbanos se encuentran unos con otros en papeles altamente segmentados. Sin duda, dependen de más personas para la satisfacción de sus necesidades diarias que los habitantes rurales, pero dependen menos de determinadas personas, y su dependencia de otros está confinada a un aspecto altamente específico de la esfera ajena de actividades. Esto es lo que esencialmente se quiere significar cuando se dice que la ciudad está caracterizada por contactos secundarios antes que

¹³ Op. cit., pág. 514.

¹⁴ Georg Simmel, *Die Grosstädte un des Geistesleben*, Die Grosstadt, ed. Theodor Petermann (Dresden, 1903), pp. 187-206.

primarios. Ciertamente, los contactos de la ciudad pueden ser cara a cara, pero son sin embargo impersonales, superficiales, transitorios y segmentados. La reserva, la indiferencia y el aspecto de hastío que los urbanos manifiestan en sus relaciones, pueden ser considerados, por lo tanto, como recursos de auto-inmunización contra las exigencias personales y las expectativas de otros.

La superficialidad, el anonimato y el carácter transitorio de las relaciones sociales urbanas hacen también inteligible la sofisticación y la racionalidad adscriptas generalmente a los habitantes de la ciudad. Tendemos a limitar las relaciones con nuestros conocidos a las de utilidad, en el sentido de que irresistiblemente consideramos el papel que cada uno juega en nuestra vida como un medio para el logro de nuestros propios fines. Entonces, mientras que el individuo gana, por una parte, un cierto grado de emancipación o liberación respecto de los controles emocionales o personales de los grupos íntimos, pierde, por otra, la auto-expresión espontánea, la moral y el sentido de participación que se tiene al vivir en una sociedad integrada. Esto constituye esencialmente el estado de "anomia" o vacío social al cual alude Durkheim intentando dar cuenta de las diversas formas de desorganización social existentes en la sociedad tecnológica.

El carácter segmentario y el acento utilitario de las relaciones interpersonales en la ciudad, encuentran su expresión institucional en la proliferación de tareas especializadas, cuya forma más desarrollada cabe ver en las profesiones. Las operaciones del nexo pecuniario conducen a relaciones de rapiña que tienden a obstruir el funcionamiento eficiente del orden social, a menos que sean controladas por códigos profesionales y sus éticas ocupacionales. El interés puesto sobre la utilidad y la eficiencia sugiere la adaptabilidad del esquema colectivo a la organización de empresas, las que los individuos sólo pueden integrar en grupos. La ventaja de que goza la corporación frente al empresario individual o a la sociedad individual en un mundo industrial-urbano, deriva no sólo de la posibilidad de centralizar los recur-

sos de miles de individuos o del privilegio legal de la responsabilidad limitada y sucesión perpetua, sino el hecho de que la corporación no tiene alma.

La especialización de los individuos, particularmente en sus ocupaciones, sólo puede avanzar, tal como Adam Smith lo señaló, sobre las bases de la ampliación del mercado, lo que a su vez acentúa la división del trabajo. Este mercado sólo en parte es abastecido por el hinterland ¹⁵ de la ciudad; en gran medida lo es también por la ciudad misma, que cuenta con grandes cantidades de habitantes. El dominio de la ciudad sobre la región interior circundante se explica en función de la división del trabajo que la vida urbana ocasiona y promueve. El extremo grado de esta interdependencia e inestabilidad aumenta debido a la tendencia de toda ciudad a especializarse en aquellas funciones en las cuales tienen la mayor superioridad.

En una comunidad constituida por una cantidad de individuos que excede a aquélla en la que puedan conocerse íntimamente unos a otros y sea dado reunirlos en un solo lugar, se hace necesario comunicarse a través de medios indirectos y articular los intereses individuales por un proceso de delegación. Típicamente, en la ciudad los intereses se hacen efectivos a través de la representación. El individuo cuenta poco, pero la voz del representante es oída con una deferencia aproximadamente proporcional al número representado.

Si bien esta caracterización del urbanismo, en tanto deriva de "grandes cantidades", no agota de ninguna manera las inferencias sociológicas que podrían ser extraídas de nuestro conocimiento de las relaciones entre el tamaño de un grupo y la conducta característica de sus miembros, las aserciones hechas pueden servir, en beneficio de la brevedad, para ejemplificar la clase de proposiciones que podrían ser desarrolladas.

¹⁵ Hinterland: región de la cual una ciudad o metrópolis es el centro dominante, particularmente en la esfera económica (N, del T.).

Densidad.

Como en el caso del número, también de la concentración en un espacio limitado surgen ciertas consecuencias de relevancia para un análisis sociológico de la ciudad. Sólo indicaremos algunas de ellas.

Tal como Darwin lo señaló en relación a la flora y la fauna y Durkheim ¹⁶ respecto de las sociedades humanas, su aumento cuantitativo dentro de un área que se mantiene constante (es decir, el aumento de su densidad) tiende a producir diferenciación y especialización, dado que sólo así puede dicha área soportar cantidades crecientes. De este modo, la densidad refuerza la acción de la cantidad en punto a diversificar hombres y actividades y a aumentar la complejidad de la estructura social.

Por el lado subjetivo, como sugirió Simmel, el estrecho contacto físico de numerosos individuos produce necesariamente un cambio en los medios a través de los cuales nos orientamos en el "medio" urbano, de modo particular respecto a nuestros compañeros. Característicamente, nuestros contactos físicos son estrechos pero nuestros contactos sociales son distantes. El mundo urbano acentúa el reconocimiento visual. Vemos el uniforme que denota el rol de los funcionarios y olvidamos las excentricidades personales subyacentes al uniforme. Tendemos a adquirir y a desarrollar una sensibilidad para un mundo de artefactos y nos alejamos cada vez más del mundo de la naturaleza. Estamos expuestos a contrastes notorios entre esplendor y escualidez, riqueza y pobreza, inteligencia e ignorancia, orden y caos. La competencia por el espacio es grande, de modo que cada área tiende a ser usada de manera que produzca el mayor provecho económico. El lugar de trabajo tiende a disociarse del lugar de residencia, pues la proximidad de establecimientos industriales y

¹⁶ Emile Durkheim, *De la división du travail social* (París, 1932), pág. 248 (Hay Traducción al castellano: *La división del trabajo social*, ed. Daniel Jorro, Madrid, 1928, N. del T.).

comerciales tornan a un área cualquiera, económica y socialmente indeseable para propósitos residenciales.

La densidad, los valores de la tierra, las rentas, la accesibilidad, la salubridad, el prestigio, las consideraciones estéticas, la ausencia de molestias tales como el ruido, el humo y la suciedad, determinan la deseabilidad de las diversas áreas de la ciudad como lugares para el establecimiento de los diferentes sectores de la población. El lugar y la naturaleza del trabajo, los ingresos, las características raciales y étnicas, el status social, las costumbres, los hábitos, los gustos, las preferencias y los prejuicios están entre los factores significativos de acuerdo con los cuales la población urbana es seleccionada y distribuida en instalaciones más o menos diferenciadas. Diversos elementos de la población que habitan un establecimiento compacto tienden, así, a segregarse unos de otros en la medida que sus requerimientos y modos de vida son incompatibles unos con otros y en la medida en que son antagónicos entre sí. De modo similar, las personas de status y necesidades homogéneas se agrupan inconscientemente, se seleccionan conscientemente, o son forzadas a hacerlo por imperio de las circunstancias, dentro de una misma área. Así, las diferentes partes de la ciudad adquieren funciones especializadas. Consecuentemente, la ciudad tiende a asemejarse a un mosaico de mundos sociales, donde la transición de uno a otro es abrupta. La yuxtaposición de personalidades y modos de vida divergentes tiende a producir una perspectiva relativista y un sentido de tolerancia hacia las diferencias, los que pueden ser considerados como prerequisites de la racionalidad y que conducen hacia la secularización de la vida ¹⁷.

La vida y el trabajo en común de individuos que no tienen lazos sentimentales y emocionales, fomentan un espíritu de competen-

¹⁷ Hasta qué punto la segregación de la población en distintas áreas culturales y ecológicas y la actitud social resultante de tolerancia, racionalidad y mentalidad secular son funciones de la densidad independientemente de la heterogeneidad, es algo difícil de determinar. Lo más probable es que estemos tratando aquí con fenómenos que son consecuencia de la acción simultánea de ambos factores.

cia, engrandecimiento y mutua explotación. Se tiende a recurrir a controles formales para contrarrestar la irresponsabilidad y el desorden potencial. Sin una rígida adherencia a rutinas predecibles una gran sociedad compacta no sería casi capaz de mantenerse a sí misma. El reloj y las señales de tránsito son símbolos de las bases de nuestro orden social en el mundo urbano. El frecuente y estrecho contacto físico unido a una gran distancia social acentúa la reserva mutua de individuos desligados entre sí, la que, de no estar compensada por otras oportunidades para una respuesta, es causa del sentimiento de soledad. El movimiento necesario y frecuente de gran número de individuos en un habitat congestionado da lugar a roces y a la irritación. Las tensiones nerviosas que derivan de tales frustraciones personales son acentuadas por el ritmo rápido y la tecnología complicada, propios de la vida en las áreas densas.

Heterogeneidad.

La interacción social existente en el "medio" urbano entre tal variedad de tipos de personalidad tiende a destruir la rigidez de las líneas de casta y a complicar la estructura de clases, produciendo así un entramado de estratificación social más diferenciado y ramificado que el que se encuentra en sociedades más integradas. La alta movilidad del individuo, que lo introduce dentro del campo de estimulación de una gran cantidad de individuos diferentes y lo sujeta a status fluctuantes en los grupos sociales diferenciados que componen la estructura social de la ciudad, tiende a hacer que la inestabilidad e inseguridad en el mundo sea aceptada como una norma. Este hecho ayuda a explicar, también, la sofisticación y el cosmopolitismo del individuo urbano.

Ningún grupo monopoliza la lealtad del individuo. Los grupos a los cuales está afiliado no se prestan fácilmente a un ordena-

miento jerárquico. En virtud de los distintos intereses que promueven los diferentes aspectos de la vida social, el individuo es miembro de grupos ampliamente divergentes, cada uno de los cuales sólo funciona con referencia a un simple segmento de su personalidad. Tampoco estos grupos permiten un fácil ordenamiento concéntrico tal que los más limitados caigan dentro de la circunferencia de los más inclusivos, como es muy probable suceda en la comunidad rural o en sociedades primitivas. Los grupos a los cuales la persona está afiliada son, más bien, tangenciales uno con respecto a otro, o se intersectan de un modo muy variable.

En parte a causa del poco arraigo físico de la población y en parte como resultado de su movilidad social, el cambio de la pertenencia a grupos es generalmente rápido. Fluctúan el lugar de residencia, el lugar y carácter del empleo, los ingresos y los intereses; la tarea de unir organizaciones y mantener y promover un conocimiento mutuo, íntimo y duradero entre sus miembros es, pues, difícil. Esto se aplica vividamente a áreas locales dentro de la ciudad en las que las personas se segregan en virtud de las diferencias de raza, idioma, ingresos y status social más que por la elección o atracción positiva hacia individuos que se les asemejan.

En una proporción abrumadora, el habitante de la ciudad no es propietario de su hogar, y, dado que un habitat transitorio no genera tradiciones y sentimientos firmes, sólo raramente es en realidad un vecino. El individuo tiene escasas posibilidades de acceder a una concepción de la ciudad como un todo o de reconocer su lugar en el esquema total. Consecuentemente, le resulta difícil determinar cuáles son sus propios "mejores intereses" y decidir acerca de los problemas y líderes que le son presentados por los agentes de sugestión de masas. Los individuos que están así separados de los cuerpos organizados que integran la sociedad, constituyen masas fluidas que hacen que la conducta colectiva sea algo tan impredecible y en consecuencia tan problemático.

Aunque por el reclutamiento de tipos variados, requeridos para la ejecución de las diversas tareas así como por la acentuación de su singularidad promovida mediante la competencia y la gratificación a la excentricidad, la novedad, la ejecución eficiente y la inventiva, la ciudad produce una población altamente diferenciada, también ejerce una influencia niveladora. Dondequiera que se congreguen grandes cantidades de individuos diferentemente constituidos, se introduce también el proceso de despersonalización. Esta tendencia niveladora es en parte inherente a la base económica de la ciudad. El desarrollo de las grandes ciudades, por lo menos en la edad moderna, dependía en alto grado de la fuerza concentrada del vapor. El surgimiento de la fábrica hizo posible la producción en serie para un mercado impersonal. Sin embargo, la total explotación de las posibilidades de la división del trabajo y de la producción en masa sólo es posible con la standardización de procesos y productos. Una economía monetaria va aparejada con tal sistema de producción. Progresivamente y a medida que las ciudades se desarrollaron sobre la base de ese sistema de producción, el nexo pecuniario que implica la posibilidad de compra de servicios y cosas, ha desplazado a las relaciones personales como base de asociación. Bajo estas circunstancias, la individualidad debe ser reemplazada por las categorías.

Cuando grandes cantidades de personas deben hacer uso común de servicios e instituciones, tiene que surgir un arreglo para ajustar los servicios e instituciones a las necesidades de la persona promedio antes que a las de los individuos particulares. Las ventajas de los servicios públicos y de las instituciones recreativas, culturales y educativas, deben ser ajustadas a los requerimientos de las masas. Similarmente, las instituciones culturales, tales como escuelas, cinematógrafos, radios y periódicos, en virtud del carácter masivo de su clientela deben operar necesariamente como influencias niveladoras. El proceso político tal como aparece en la vida urbana no podría ser explicado sin tomar en cuenta

los llamados a las masas hechos a través de modernas técnicas de propaganda. Si el individuo quiere participar de alguna manera en la vida social, política y económica de la ciudad, debe subordinar algo de su individualidad a las demandas de la comunidad más amplia y en esa medida sumergirse en los movimientos de masas.